



Comunicación, cuerpo y subjetividad en Merleau-Ponty

Marta Rizo García

mrizog@yahoo.com

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Resumen

La ponencia presenta algunas de las aportaciones del filósofo francés Maurice Merleau-Ponty a la reflexión en torno al cuerpo. Éste es comprendido como vehículo de la comunicación humana, como dispositivo carnal que permite la conciencia del sí mismo y la conciencia de los otros. En un primer momento se plantean algunos elementos generales de la filosofía de Merleau-Ponty, con énfasis en su comprensión de la percepción humana. Posteriormente se explora la concepción del cuerpo que emerge de la propuesta filosófica del autor. En este rubro, se destaca la relación entre el cuerpo, la significación, la alteridad, la intersubjetividad, la conciencia y, por supuesto, la comunicación. La ponencia parte de un supuesto básico: la reflexión sobre el cuerpo es, o debiera ser, inherente a la reflexión sobre la comunicación humana. Es, por lo tanto, pertinente, abordar la relación entre cuerpo y subjetividad para contribuir a ampliar las reflexiones en torno a la comunicación humana. No son muchas las aportaciones sobre el cuerpo realizadas en el campo de la investigación en la comunicación. Más allá de las categorías referidas a la comunicación no verbal (tanto en su vertiente kinésica, que aborda la gestualidad y los movimientos corporales, como en su vertiente proxémica, relativa al uso del espacio), encontramos poca reflexión en torno a la naturaleza corporal de la comunicación, y en torno al cuerpo como vehículo para la comunicación e interacción humanas. No ocurre lo mismo con la filosofía, que sí presenta interesantes propuestas para abordar el cuerpo como medio constructor de sentidos. De ahí que se haya elegido a un filósofo, Merleau-Ponty, para desentrañar



algunos de los elementos de la corporalidad humana que sin duda son importantes para seguir ampliando la reflexión en torno a los procesos de comunicación humana. La ponencia cierra con una síntesis general en torno a la relación cuerpo-comunicación en la propuesta del autor en cuestión.

Palabras clave: *cuerpo, comunicación, subjetividad, Merleau-Ponty.*

Abstract

The paper presents some of the contributions of french philosopher Maurice Merleau-Ponty to reflection about the body. This is understood as a vehicle of human communication, as carnal device that allows self awareness and awareness of others. At first, these pages presents some general elements of Merleau-Ponty philosophy, with emphasis on understanding human perception. Subsequently, is explored the conception of the body that emerges from the author's philosophical approach. In this area, the relationship between body, significance, otherness, intersubjectivity, consciousness and, of course, communication is highlighted. The paper starts from a basic assumption: the reflection on the body is, or should be, inherent reflection on human communication. It is, therefore, appropriate, address the relationship between body and subjectivity to help expand the reflections on human communication. There aren't many contributions over body made in communication research field. Beyond the categories referring to nonverbal communication (both in kinesics side, which addresses the gestures and body movements, as in his proxemic shed on the use of space), we find little reflection on the bodily nature of communication, and around the body as a vehicle for human communication and interaction. Not so with philosophy, it does present interesting proposals to address the body as a medium builder senses. Hence you have chosen a philosopher, Merleau-Ponty, to unravel some elements of human corporeality which undoubtedly are important to further expand the reflection





about processes of human communication. The paper closes with a general summary about the body-communication regarding from the proposal of the author in question.

Key words: *Body, Communication, Subjectivity, Merleau-Ponty.*





Comunicación, cuerpo y subjetividad en Merleau-Ponty

Marta Rizo García

mrizog@yahoo.com

1. Introducción. La filosofía de Merleau-Ponty y su relevancia para estudiar la relación entre cuerpo y comunicación.

La reflexión sobre el cuerpo es, o debiera ser, inherente a la reflexión sobre la comunicación humana. El intercambio de información, la construcción de significados, los vínculos establecidos por medio de procesos comunicativos, los elementos no verbales presentes en la interacción cara a cara, etc., son producto del contacto entre dos o más cuerpos. De ahí que nos parezca pertinente abordar la relación entre cuerpo y subjetividad para contribuir a ampliar las reflexiones en torno a la comunicación humana. No son muchas las aportaciones sobre el cuerpo realizadas en el campo de la investigación en la comunicación. Más allá de las categorías referidas a la comunicación no verbal (tanto en su vertiente kinésica, que aborda la gestualidad y los movimientos corporales, como en su vertiente proxémica, relativa al uso del espacio), encontramos poca reflexión en torno a la naturaleza corporal de la comunicación, y en torno al cuerpo como vehículo para la comunicación e interacción humanas. No ocurre lo mismo con la filosofía –y, en menor medida, la psicología–, que sí presenta interesantes propuestas para abordar el cuerpo como medio constructor de sentidos.

En términos generales, para la filosofía, el cuerpo es un objeto físico que posee características sensibles o que posee propiedades tales que causan impresiones o estímulos en los seres humanos y, en general, en todos los organismos biológicos. Se trata, entonces, de todo objeto material constituido por la percepción humana y que posee cualidades que son representadas como estables. La psicología completa esta aproximación al cuerpo al concebirlo como el instrumento de la conducta y el soporte





de la identidad; es desde este marco que la psicología comprende a la corporalidad como la materialidad o textualidad del cuerpo, por un lado, y como la relación entre cuerpos resultante de la percepción y de la conciencia, por el otro. El cuerpo, entonces, hace posible la comunicación e interacción entre individuos, y entre éstos y su medio social, su entorno.

Hablar del cuerpo implica necesariamente remitirnos a la construcción de la subjetividad y, por lo comentado en el párrafo anterior, a la posibilidad de comunicación entre sujetos. De ahí que, como dijimos, el cuerpo nos parezca un objeto de reflexión importante para el campo de la comunicación y, específicamente, para el abordaje de lo que hemos denominado comunicación interpersonal y comunicación intersubjetiva. En este sentido, en las siguientes páginas se explora la relación entre cuerpo, subjetividad y comunicación desde la propuesta de un autor que consideramos fundamental: el filósofo Maurice Merleau-Ponty¹. Se ofrece, entonces, una lectura particular del fenómeno-cuerpo. Una lectura que no es ni la única ni, quizás, la más completa. Sin embargo, el ejercicio consiste en explorar qué elementos de la propuesta de Merleau-Ponty en torno al cuerpo y la percepción nos permiten alimentar y complejizar las reflexiones en torno a la comunicación humana.

Para ello, antes de explorar algunos de los elementos más sugerentes de la obra de Merleau-Ponty, y fundamentalmente de *Fenomenología de la percepción*, es importante ofrecer brevemente un panorama general de la filosofía del autor en cuestión. Merleau-Ponty se adscribe a la generación existencialista y humanista de la filosofía. Su obra está permeada por una crítica rotunda al modo de comprensión del conocimiento propio del mundo occidental². De hecho, su principal preocupación fue el

¹ Filósofo fenomenólogo francés. Fue profesor en la Universidad de Lyon y en la Sorbona. Colaboró con Jean Paul Sartre en la revista *Les Temps Modernes*. En 1952 deja la Sorbona y asume una cátedra de Filosofía en el Colegio de Francia.

² Para el autor, los equívocos del pensamiento occidental se explican por la des-incorporación, que insiste en el análisis de las experiencias de pensamiento, del lenguaje y de la vida humana como realidades divorciadas de la expresión corporal. Así, la mayor exigencia de Merleau-Ponty fue



problema del conocimiento, al que vinculó con temas como la estética, la comunicación y el lenguaje. La relación entre la conciencia y la naturaleza, el conocimiento del mundo fuera de la razón dominante y el tránsito de lo abstracto a lo concreto –con la centralidad de la percepción, comprendida como un aspecto singular de la experiencia humana que no puede entenderse sin incorporar la noción de la corporeidad- fueron algunos de los temas sobre los cuales reflexionó el autor. Para el autor, lo social es interior a lo individual y viceversa; así, todo es social y todo es individual. En esta realidad única se mezclan cuerpos, almas, sociedad, vistos éstos como fenómenos de totalidad.

Merleau-Ponty sitúa al ser y al sujeto en el centro, lo cual permite hablar también de una propuesta ontológica. Para la comprensión ontológica del ser que propone Merleau-Ponty es importante considerar al menos tres aspectos fundamentales: el cuerpo, la unidad fáctica del hombre y la alteridad intersubjetiva. Sobre esta última, vale la pena mencionar que para el autor, la relación yo-otro es una inserción común en un mundo histórico y social en el que se realiza.

La realidad no puede ser vista como objeto ni como una mística conciencia colectiva: la realidad es intersubjetividad, es relación viviente y tensión hacia el otro. En este tenor, y recuperando las aportaciones de Edmund Husserl, para Merleau-Ponty el fenómeno del cuerpo propio es fundamental para la exploración de la intersubjetividad. Al evitar permanentemente las dicotomías propias del pensamiento

cuestionar radicalmente a la ciencia y a la filosofía por los engañosos conceptos que la fundamentan: mente/cuerpo, sujeto/objeto, hecho/esencia, ser/conciencia, realidad/apariencia, etc. Según Merleau-Ponty, someter a unión dos términos (sujeto-objeto), permitiría la reconciliación de la conciencia con el mundo. Esta reconciliación sólo será posible si comprendemos el proceso interaccional que existe entre la conciencia que representa razón que configura el mundo) y la conciencia perceptiva (la que siente el mundo, la conciencia sensorial). En su obra *Estructura del comportamiento* trata de superar estas dicotomías. Para resolverlas, encuentra o usa la teoría de la Gestalt, especialmente la noción de forma, que permite transitar entre los términos binarios que bloquean un conocimiento integral.



científico occidental, tales como la división entre mente y materia o entre sujeto y objeto, el autor apeló a un fenómeno intermedio, el cuerpo humano, ubicado entre la conciencia y el mundo natural. El cuerpo es, entonces, mediación, vehículo de comunicación y fundamento de la experiencia –siempre perceptiva- del ser en el mundo.

2. Aproximación teórica. Merleau-Ponty y la ambigüedad de la percepción.

La percepción ocupa un lugar privilegiado en el pensamiento de Merleau-Ponty. Es concebida como el punto de partida de nuestras referencias a la realidad (en el exterior) y, a partir de ella, al interior de nuestro ser. Somos en el mundo con los otros sujetos, y sólo podemos obtener información sobre los otros a través de nuestra percepción. En torno a la percepción gira, para el autor, el problema de la verdad del subjetivismo y el objetivismo, una de las dualidades que Merleau-Ponty se propone superar. La percepción es, pues, el ámbito que puede permitir reconciliar este dualismo e integrar los postulados que condicionaban al hombre³.

El autor afirma que “la percepción no es una ciencia del mundo (...) sino el trasfondo sobre el que se destacan todos los actos y que todos los actos presuponen” (Merleau-Ponty, 1993: 10). La percepción es, entonces, revelación del ser. Para nombrar al sujeto de la percepción, Merleau-Ponty utiliza el concepto de *leib*, cuerpo vivido o cuerpo propio, que retoma de Edmund Husserl. Para el autor, la posición del sujeto va delineándose en una presencia opaca y ambigua, representada por el cuerpo propio.

³ Una de estas condicionantes es, precisamente, la separación entre sujeto y objeto, que para Merleau-Ponty, lleva implícita una incomunicación.



Nuestra percepción del entorno no está claramente delineada. Es una percepción ambigua, que se da principalmente en el involucramiento del cuerpo y de la comprensión del mundo y de los significados que componen el paisaje de la percepción. Nuestro involucramiento corporal con las cosas es siempre provisional e indeterminado; por eso los objetos generan un significado dentro de una totalidad unificada y, al mismo tiempo, ésta siempre está abierta e incompleta. Por ello, el lenguaje no puede ser reducido a la palabra o al habla. Hay que recurrir al gesto corporal para esclarecer la comunicación por medio de la palabra. Aquí vemos ya una relación entre cuerpo y comunicación, a la que regresaremos posteriormente.

Merleau-Ponty busca en el cuerpo la comprensión del problema del lenguaje, pero también el entendimiento de una cuestión más incluyente: la expresión. Para el autor, no es suficiente un lenguaje que se anticipa a la percepción; es necesario un lenguaje primordial que, afirma, asista el acontecimiento del ser.

Merleau-Ponty prueba la existencia del otro por analogía con el comportamiento del ego. Desde este lugar, la intersubjetividad es intercorporeidad, es decir, mi cuerpo es el que me ofrece la presencia del otro. Al respecto, algunos autores dicen que Merleau-Ponty plantea una filosofía de la relación, una filosofía del encuentro. Su categoría central, la existencia, aparece vinculada a la comunicación, a la percepción y al cuerpo. Lo anterior, porque la existencia “sólo se realiza en comunicación con los otros; la misma percepción es una forma de intercambio entre el sujeto y el mundo, es el suelo natal del sentido” (López Sáenz, 1996: 215).

La existencia del otro es un hecho, pero no podemos vivir la presencia del otro tal y como el otro la vive: sólo podemos experimentar al otro a través de nuestro cuerpo. Así, el otro no surge únicamente de la experiencia que nosotros tengamos de ese otro, aunque sólo de esta experiencia emerge el sentido que ese otro tiene para nosotros. El otro nos es evidente, no dudamos de su existencia, y gracias a la percepción que tenemos de él, sabemos que coexistimos.





Por lo anterior, podemos decir entonces que la percepción es siempre una experiencia corporal, y que en Merleau-Ponty, la condición del sujeto queda suplantada por la del cuerpo.

3. El cuerpo en Merleau-Ponty.

Merleau-Ponty afirma que es necesario ingresar al problema del cuerpo como problema verdaderamente humano sin el cual es imposible pensar al hombre en su integridad. Toda conciencia es, para el autor, una experiencia corporal: “ser una conciencia o, más bien, *ser una experiencia* es comunicar interiormente con el mundo, el cuerpo y los demás, ser con ellos en vez de ser al lado de ellos” (Merleau-Ponty, 1993: 114). El autor no habla de la conciencia como lo hiciera Husserl, es decir, no la vincula con el mundo de la vida. Para Merleau-Ponty la conciencia es siempre conciencia corporal.

Así, para Merleau-Ponty la reflexión sobre la percepción y la conciencia va unida indisolublemente a la reflexión sobre el cuerpo. Es decir, el autor piensa de manera unificada la percepción y la corporeidad del sujeto. Estas reflexiones dan lugar a su obra más reconocida, *Fenomenología de la percepción*, originalmente publicada en 1945, donde desarrolla el concepto de sujeto-cuerpo como una alternativa al pensamiento cartesiano. En esta obra, pasa de la noción de cuerpo a la noción de carne, y pretende demostrar a los esquemas corporales como una unidad corpórea, como un conjunto de elementos que rigen la percepción del espacio, el movimiento, el lenguaje y la presencia del sujeto en el mundo.

Merleau-Ponty, por lo tanto, sitúa el cuerpo en el centro de su análisis de la percepción. El mundo nos llega a través de la conciencia perceptiva, es decir, del lugar que ocupa nuestro cuerpo en el mundo. Conocemos el mundo a través del esquema postural o corpóreo, o lo que es lo mismo, captamos el espacio externo, las relaciones



entre los objetos que nos rodean y nuestra relación con estos objetos, mediante el lugar que ocupa nuestro cuerpo en el mundo. De ahí que el cuerpo pueda ser concebido como nuestro punto de vista sobre el mundo. Por ello, los cuerpos no son instrumentos u objetos, sino que son los que nos dan nuestra expresión en el mundo y contienen, ellos, la forma visible de nuestras intenciones. A través del cuerpo, entonces, experimentamos el mundo y llegamos a ser vistos en él. El yo está ubicado en el cuerpo, que a su vez está ubicado en el tiempo y en el espacio: el cuerpo es el vehículo activo y perceptivo de la existencia. El cuerpo es siempre un cuerpo situado en un momento particular; el cuerpo es, pues, cuerpo histórico.

Para Merleau-Ponty, la conciencia es una conciencia-cuerpo, y el cuerpo-vivido es un activo; el cuerpo móvil se convierte, intencionalmente, en una intencionalidad motriz. Como ya mencionamos anteriormente, en *Fenomenología de la percepción* pasa de la noción de cuerpo a la noción de carne. Para el autor, el sujeto es un cuerpo, pero no un cuerpo cualquiera. Es un cuerpo propio donde, y desde el cual, el sujeto reconoce y establece una subjetividad, encarnada en el cuerpo, imbricada en sí, instaurada por e instauradora de sentidos.

Como dijimos, el cuerpo es un punto de vista sobre el mundo, es operante y actual, es visión y es movimiento. No es la cosa ni la idea: es movimiento, sensibilidad y expresión creadora. Sólo a partir del estudio profundo del cuerpo se pueden llegar a desenredar, dice Merleau-Ponty, muchas preguntas, puesto que se trata de abordar el problema humano sin salirse de él.

3.1. Cuerpo, espacio y comunicación.

El cuerpo es visto como el vehículo de comunicación del ser en el mundo. Para Merleau-Ponty, el cuerpo tiene una significación comunicable. Así, el cuerpo no es objeto, es medio de comunicación con el mundo. El cuerpo es vehículo; es voz, carne, lenguaje y gestos. Los gestos son parte de nuestro equipamiento comunicativo, y nuestra voz es





un elemento más en este esquema. Esta idea se expresa en la obra póstuma *Lo visible y lo invisible* (1973), donde el autor sitúa los primeros trazos de las bases de la teoría gestual del lenguaje.

Una de las estrategias que implementa Merleau-Ponty para establecer la “normalidad” en la interacción y comunicación entre los seres humanos consiste en redimensionar el concepto de cuerpo y el de percepción. Cuerpo y mundo permanecen entrecruzados; la percepción los vincula. El cuerpo, entonces, permite la comunicación del sujeto con otros cuerpos, con otros sujetos. Nos relacionamos con los otros a partir de percibir sus cuerpos ya constituidos, aunque los otros se manifiestan ante nosotros como comportamientos, hechos cuerpo. Veamos un pasaje de Merleau-Ponty en el que queda clara esta co-habitación entre los cuerpos, pues el yo habita al otro y este otro habita al yo: “Experimento mi cuerpo como poder de ciertas conductas y de cierto mundo, no estoy dado a mí mismo más que como una cierta presa en el mundo; pues bien, es precisamente mi cuerpo el que percibe el cuerpo del otro y encuentra en él como una prolongación milagrosa de sus propias intenciones, una manera familiar de tratar con el mundo; (...) como las partes de mi cuerpo forman conjuntamente un sistema, el cuerpo del otro y el mío son un único todo, el anverso y el reverso de un único fenómeno, y la existencia anónima, de la que mi cuerpo es, en cada momento, el vestigio, habita en adelante estos dos cuerpos a la vez” (Merleau-Ponty, 1993: 365).

Los cuerpos ejercen sobre los sujetos toda su potencia significativa. Es desde los cuerpos que los seres humanos significan sus entornos, dotan de sentido a los otros seres, al espacio y al tiempo: “... la acción motriz de nuestro cuerpo no sólo lo pone en condiciones de apuntar a un mundo, de dirigirse a él en forma indiferente; hay en el cuerpo esa intencionalidad de apuntar siempre al otro, de mostrar el bagaje de estructuras dispuestas a ser compartidas por él” (Andrés y Jiménez, 2011: 126). No podemos, por tanto, comprendernos a nosotros mismos como cuerpos si no es a partir



del despliegue significativo –y comunicativo- que desde nuestro esquema corporal emitimos hacia los otros.

En la percepción, el sujeto se sitúa en un cuerpo. Es entonces imposible negar la intervención del mundo como lugar de toda percepción. Ser cuerpo es ser-del-mundo. El peso ontológico de este argumento es irrefutable. Las experiencias de los sujetos suceden en el espacio y en el tiempo vividos por el sujeto, como una intencionalidad operante. El cuerpo humano, entonces, es un donador de sentido. Así, el mundo se llena de sentido en virtud de una actividad perceptiva orquestada por nuestro cuerpo.

La intencionalidad de nuestro cuerpo adquiere un nuevo sentido cuando apunta hacia el corazón de la alteridad. Por ello, las disposiciones y comportamientos del cuerpo se dirigen siempre hacia otros. Pese a lo anterior, cabe mencionar que Merleau-Ponty rechaza la fórmula yo-otro, porque son términos impuestos al lenguaje por el racionalismo. Dice el autor: “percibir una parte de mi cuerpo es también percibirla como visible, o ser para otro” (Merleau-Ponty, 1973: 296). Es decir, sentir el cuerpo propio es también sentir un aspecto para los demás. De este modo, percibirnos como cuerpos implica necesariamente saber que los otros nos perciben como objeto distinto a sí mismos.

El cuerpo, para Merleau-Ponty, no es algo ajeno a la percepción, ni a la voluntad de los seres humanos. No es un simple espacio donde el sujeto actúa o lleva a cabo sus voluntades. Es quien las realiza. Percibir el cuerpo, el nuestro y los otros cuerpos “permite adoptar una actitud, un modo de existencia, coexistencia, correspondencia inmediata y comunicativa y da pie a la expresión, no como vehículo de un pensamiento/sentimiento sino como la misma adquisición de significado” (Pfeiffer, 2008: 53).

Como realidad dinámica, el cuerpo se convierte en una bisagra del mundo. El cuerpo es carne, y en su proceso intencional permite ir diferenciando al sujeto y separándolo como un ente distinto, diferente a los otros, gracias a su propia acción en





un espacio y en un tiempo determinados. Afirma Pfeiffer (2008: 59) que “el cuerpo no es definitivamente nada sino que se va haciendo cuerpo en el dinamismo de su relación con el mundo y lo mismo podemos decir del mundo”. Dicho de otra forma, el yo corporal nos permite vernos, intuirnos, pensarnos como un yo y, a la vez, pensarnos como otro.

Merleau-Ponty argumenta la noción yo-soy-mi-cuerpo a partir de la idea de la encarnación. El cuerpo es central en la existencia, y el cuerpo es siempre cuerpo situado. Es decir, el espacio no existe sino es en relación a un sujeto que percibe: “El cuerpo está dentro del espacio como el corazón está dentro del cuerpo. Mantiene la visión de las cosas visibles viva y crea con ésta un sistema” (Dasilva, 2010: 97).

3.2. Conciencia, intersubjetividad y cuerpo

Decíamos anteriormente que el cuerpo es siempre un cuerpo situado en el espacio y en el tiempo. El cuerpo se inscribe en la historia, y como tal, es siempre inacabado y contingente. El cuerpo se ancla en el mundo.

Es nuestro comportamiento corporal el que permite hablar de la interrelación entre cuerpo y conciencia. Tenemos conciencia de nuestro cuerpo, y desde ese lugar consciente constituimos nuestro esquema corporal, que no es otra cosa que la percepción de nuestra posición en el medio que nos rodea. Para Merleau-Ponty, hay correlación entre la conciencia del cuerpo propio y la percepción del otro. Así, el mundo que vivimos es un mundo en el que los otros se nos dan con evidencia.

¿Qué relación existe, entonces, entre intersubjetividad y cuerpo? López Sáenz (1996: 213-214) afirma que el fenómeno del cuerpo del otro se presenta como una especie de duplicado de mi vida corporal; que los otros se le dan directamente el yo y, por tanto, la percepción del otro es la posición del otro implicada en una co-percepción; y que la apertura a una presencia común hace posible el entrelazamiento de la experiencia del cuerpo propio y su repercusión en la percepción de otro.





El hombre es un interior inseparable de un exterior, un sujeto-objeto-en-el-mundo. Hay una reciprocidad continua entre el yo y el otro, y la experiencia de la intercorporeidad equivale a la experiencia de la intersubjetividad. Para Merleau-Ponty, el otro se nos aparece como evidente porque nuestro cuerpo no nos permite observar el mundo desde una posición objetiva pura. Es decir, el cuerpo no es un objeto; lo percibimos como comportamiento evidente y se impone sin problemas a nuestra conciencia. A través de esta conciencia de los otros, accedemos a ellos y, simultáneamente, tomamos conciencia de nuestro propio cuerpo. No podemos entonces dotar de existencia a los otros sin tener conciencia perceptiva de nosotros mismos.

En la propuesta de Merleau-Ponty, el otro se concibe como parte del mundo y por tanto como parte nuestra, porque el mundo es común. Sin embargo, aquí se detecta una ambigüedad: “el mundo del otro y el mío son idénticos y diferentes; el conocimiento del mundo intersubjetivo me habla de mi contingencia: el otro es el que me sobrepasa y así me afirma en el ser al mismo tiempo que en la angustia” (López Sáenz, 1996: 228).

El autor considera, en definitiva, que nuestra relación con el mundo no la podemos observar desde un yo pensante. Somos en el mundo en virtud de nuestro cuerpo, y desde ese lugar nos pensamos y pensamos al mundo. Para Merleau-Ponty, lo social es la intersubjetividad, la comunidad simultánea y sucesiva de la conciencia. La sociabilidad es comprendida como un nudo de relaciones variables. Nuestra experiencia social, en esta red de relaciones, se funda en nuestra experiencia corporal. De ahí que Merleau-Ponty asocie la intersubjetividad con la intercorporeidad.

3.3. Cuerpo, significación y alteridad.

Ya dijimos anteriormente que el cuerpo es el principal vehículo de la comunicación del sujeto con el mundo. El cuerpo expresa, pues nuestro esquema corporal constituye, en





sí mismo, un sistema simbólico. El cuerpo se percibe a sí mismo como una organización estructurada, donde no es posible separar la expresión de lo expresado. Se da entonces una simultaneidad entre forma y materia.

El cuerpo emite significaciones que proporcionan una base a los pensamientos y experiencias. Así, es el lugar de los fenómenos de expresión, representación y significación, pues es a partir del cuerpo que podemos comprender el mundo, encontrarle una significación. Merleau-Ponty trata de explicar cómo el cuerpo expresa una existencia. El autor no acepta que el *cogito* se ahogue en los límites de la plena autoconciencia, ni que el cuerpo sea un simple artilugio sin vida propia. Tampoco admite que la cuestión intersubjetiva consista en dar con otro-ser humano, pues ese otro ya está ahí y no requiere de demostración alguna.

La realidad humana es la realidad de un cuerpo-carne. Esto implica dejar de lado un cuerpo-yo y comenzar a pensar al ser humano como un cuerpo mundano. El otro también es un cuerpo-carne presente, es un acontecimiento carnal. Percibimos la alteridad, al otro, como la presentación de una ausencia: “La identidad del otro me es dada de manera apreativa, vale decir como presencia de la ausencia. Lo que revela al otro es el vacío que Merleau-Ponty llama el *entrelacs*, donde se entrelazan nuestras carnes, es decir, entre nosotros” (Pfeiffer, 2008: 51). Entre los cuerpos, por lo tanto, observamos un espacio que permite, precisamente, que identifiquemos a los otros con quienes coexistimos y con quienes interactuamos. El espacio, en este sentido, es un vehículo de significación, no sólo porque es desde un espacio que nos comunicamos con otros, sino más bien porque el espacio vacío es un espacio entre cuerpos y, como tal, es el terreno que posibilita que nos distingamos unos de otros.



4. Cierre: cuerpos que comunican.

La comunicación humana es comunicación desde el cuerpo, para el cuerpo y entre cuerpos. Somos conscientes de la existencia de los otros con quienes nos comunicamos porque tenemos conciencia perceptiva sobre nuestro cuerpo, y desde nuestro esquema corporal constituimos las imágenes que tenemos de los otros y somos capaces de interactuar con él. Conciencia, mundo y cuerpo están entrelazados, no pueden comprenderse de forma separada. Habitamos un mundo intersubjetivo, un mundo que no nos es ajeno.

Para Merleau-Ponty, este mundo es una prolongación de nuestra corporalidad, de nuestra carne. Nuestro cuerpo es condición indispensable de expresividad: nuestro cuerpo unifica al ser a partir de sus gestos, de sus comportamientos y acciones. El cuerpo percibe y expresa, tiene entonces una naturaleza dual. Para el autor, el cuerpo es vehículo de comunicación, experiencia del ser en el mundo.

El cuerpo, por lo tanto, no solo recibe, sino que, sobre todo, crea, significa. El lenguaje sólo es posible si emana de los cuerpos vivientes y sintientes, y como tal, es la instancia que unifica al ser. Nuestra relación con el mundo, entonces, está dada por el cuerpo, de ahí que el cuerpo pueda ser considerado como el espacio universal, pues sin cuerpos no habría espacialidad. Por medio de nuestro cuerpo es que accedemos al mundo y, desde ese lugar, desde nuestro esquema corporal, nos comunicamos con otros a quienes percibimos como semejantes y, simultáneamente, como diferentes, como otros.

“No dispongo de ningún otro medio de conocer el cuerpo humano más que el vivirlo” (Merleau-Ponty, 1993: 215). La conciencia de un yo, por lo tanto, es inherente a la conciencia corporal, al saber que somos cuerpo y que, desde él, actuamos, nos comportamos y nos comunicamos. El cuerpo es la actualidad de la existencia,



“precisamente porque puede cerrarse al mundo, mi cuerpo es asimismo lo que me abre al mundo me pone dentro de él en situación” (Merleau-Ponty, 1993: 181).

El sujeto es un cuerpo, pero no un cuerpo cualquiera. Es un cuerpo propio donde el sujeto reconoce y establece una subjetividad, encarnada en el cuerpo, imbricada en sí, instaurada por e instauradora de sentidos. Para el autor, “la palabra es un verdadero gesto y contiene su sentido como el gesto contiene el suyo. Es esto lo que posibilita la comunicación. Para que yo comprenda las palabras del otro, es evidentemente necesario que me sean ‘ya conocidos’ su vocabulario y su sintaxis” (Merleau-Ponty, 1993: 200). En este sentido, el autor se pregunta, “¿qué expresa el lenguaje, pues, si no expresa unos pensamientos?”, a lo que responde: “presenta o, mejor, es la toma de posición del sujeto en el mundo de sus significados” (Merleau-Ponty, 1993: 210).

Es por lo anterior que, como ya dijimos, el lenguaje –vehículo básico para la comunicación- es la revelación del ser: “En cuanto el hombre se sirve del lenguaje para establecer una relación viva consigo mismo o con sus semejantes, el lenguaje no es ya un instrumento, no es ya un medio, es una manifestación, una revelación del ser íntimo y del vínculo psíquico que nos une al mundo y a nuestros semejantes” (Merleau-Ponty, 1993: 213). Es entonces a partir del cuerpo que podemos comprender y significar el mundo.

Las reflexiones vertidas en estas páginas dejan ver que el abordaje de la comunicación humana necesita incorporar categorías de otras matrices disciplinarias – como la filosofía- para hacerse de un andamiaje conceptual más complejo y completo. En este caso, hemos visto cómo las aportaciones de la fenomenología de Merleau-Ponty permiten tomar en cuenta al cuerpo y a la percepción como elementos fundamentales para complejizar la noción de comunicación. Queda pendiente ver, en otro momento, si lo dicho en torno al cuerpo como vehículo de comunicación y de existencia del ser en el mundo va más acorde con la concepción de la comunicación interpersonal –como comunicación preteórica, corpórea-, como parece suceder, o bien



también puede aportar claves para la comprensión de lo que hemos denominado comunicación intersubjetiva, más orientada al discurso y a la construcción dialógica de acuerdos, con base en la acción comunicativa, entre sujetos sociales.





5. Referencias bibliográficas.

- Andrés González, R. y Jiménez Tavira, G. (2011). “Fenomenología del entrecruce del cuerpo y el mundo en Merleau-Ponty”, en *Ideas y valores*, Núm. 145, Abril de 2011, Bogotá, Colombia, pp. 113-130.
- Dasilva, Fabio B. (2010). “El pensamiento de Merleau-Ponty: la importancia de la percepción”, en *Miríada*, Año 3, Núm. 6, pp. 93-118.
- López Sáenz, Ma. Carmen (1996). “La fenomenología existencial de M. Merleau-Ponty y la sociología”, en *Papers*, Núm. 50, Universidad Autónoma de Barcelona, España, pp. 209-231.
- Merleau-Ponty, M. (1973). *Lo visible y lo invisible*, Madrid: Taurus.
- Merleau-Ponty, M. (1993). *Fenomenología de la percepción*, Barcelona: Península.
- Pfeiffer, María Luisa (2008). “Cuerpo y finitud. Una cuestión decisiva en las filosofías de Merleau-Ponty y Nietzsche”, en *Enfoques*, XX, 1-2 (2008), pp. 47-72.